

Mujeres

DE LA BIBLIA

Rahab

Una horrible vida redimida

Significado del nombre: Rahab significa insolencia, violencia, fiera.

Citas Bíblicas: Josué capítulo 2. Santiago 2. Hebreos 11

Descendencia: casada con Salmon y su hijo Booz quien enjendró a Obed el abuelo del rey David.

Características o cualidades de Rahab: Mujer de fe, temerosa de Dios, una mujer inteligente, una mujer hospitalaria, mujer valiente, una mujer redimida, llevó mensaje de salvación a su familia,



Temas a tratar:

- Un trasfondo histórico
- Un acto inesperado de generosidad
- Un asombrosa expresión de fe
- Un legado perdurable

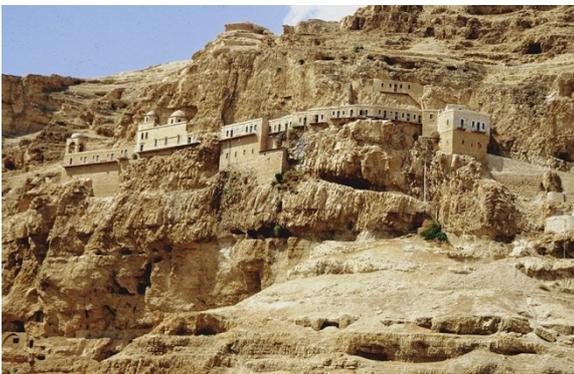
I. Un trasfondo histórico

Al principio del relato bíblico se ve una personalidad sin nada que destacar. En efecto, es presentada como «una ramera que se llamaba Rahab». Era una mujer sin moral, que vivía en una cultura pagana y se dedicaba en forma fanática a todo lo que Dios odia. La cultura misma estaba al borde del juicio. Vivía en el abismo de la corrupción moral y espiritual y no podía dar vuelta atrás.

Hasta donde sabemos, Rahab había sido una participante voluntaria en el libertinaje típico de su civilización. Se había beneficiado personalmente con el mal que llenaba a toda esa sociedad.

Ahora que Dios había decidido la destrucción total de esa cultura debido a su extrema perversidad ¿por qué no tendría Rahab que recibir la justa recompensa por su propio pecado?

Hasta donde existe registro de su vida, no se señalan en absoluto cualidades sobre su vida que ameritan un trato distinto para ella. Por el contrario, tiene que haber estado en una posición moral deplorabile. Es difícil imaginar una candidata menos digna de merecer el honor divino. En [hebreos 11.31](#), sin embargo, donde se la identifica como «la ramera Rahab», es especialmente destacado su nombre por la grandeza de su fe, e incluso en Mateo 1 aparece en la genealogía de Cristo. ¿Extraordinario?



Rahab vivió en Jericó en la época de Josué. Su casa no estaba en algún callejón del pueblo sino justo sobre la famosa muralla (Josué 2.15). La pared debe haber sido lo suficientemente espaciosa como para poner sobre ella construcciones, un sendero o una calle. Casi con seguridad esta era una ubicación en la zona comercial más cara. Rahab disfrutaba de éxito financiero excepcional gracias al comercio que practicaba.

Lamentablemente, su «comercio» era la prostitución. Se vendía con regularidad a los hombres más perversos en esa ya pervertida ciudad.

Jericó era parte del reino amorreo, grotescamente violento, depravado y pagano, tanto que Dios mismo lo condenó y ordenó a los israelitas que lo borrarán de la faz de la tierra ([Deuteronomio 20.17](#)). A decir verdad, desde hacía largo tiempo —por lo menos desde la época de Abraham— la cultura amorrea era total y maliciosamente corrupta. Ese estilo pecaminoso de vida, fue una de las razones por las que Dios, concedió esas tierras a Abraham y sus herederos ([Deuteronomio 18.12](#); [1 Reyes 21.26](#)). El Señor había prometido a Abraham que sus descendientes empezarán a poseer esa región tan pronto se eliminara por completo, la perversidad de los amorreos ([Génesis 15.16](#)). Ese tiempo había llegado ahora. Aquella nación malvada había llegado al máximo nivel de tolerancia de Dios.

Rahab, por lo tanto, representaba el colmo de la vileza de la cultura amorrea. Toda su vida había estado dedicada a la búsqueda profana de la satisfacción carnal. Su subsistencia dependía por completo del mal. Estaba esclavizada por sus pasiones carnales, y sus pecados la mantenían cautiva de una sociedad monstruosa, marcada por la condena de Dios y la destrucción eterna.

Pero la gracia divina de Dios la alcanzó la salvó y la liberó de todo eso, arrancándola como una rama del fuego.

Este es el escenario histórico para la historia de Rahab: Moisés había muerto (**Josué 1.1-2**). La generación de israelitas que había salido de Egipto, también. Más de un millón de israelitas habían dejado Egipto bajo el liderazgo de Moisés (Éxodo 12.37). Debido a la terquedad y a su persistente incredulidad, nadie de más de 20 años entraría a la tierra prometida en **Cades-Barnea**. Una generación entera fue condenada a morir en el desierto sin siquiera poder ver la tierra prometida.



Hubo, sin embargo, dos excepciones (**Números 14.30**):

Josué y Caleb. Ambos habían explorado juntos la tierra prometida, enviados por Moisés y regresaron entusiasmados con las perspectivas del nuevo lugar para Israel. Ellos confirmaron lo que Dios había dicho sobre esa tierra. Pero cuando los otros diez exploradores regresaron con un informe opuesto, desalentados y advirtiendo sobre los peligros que tenían por delante, el pueblo de Israel se negó a entrar. Escucharon la incredulidad de los pesimistas más que la promesa de Jehová. De inmediato, la nación entera se puso en contra de Moisés y contra Dios (**Números 13 y 14**). Fue la gota que colmó el vaso y la razón por la que Israel vagó durante cuarenta años. Fue una sentencia divina contra ellos, debido a su incredulidad (**Números 14.30-35**). Al final, esa generación completa (excepto los dos hombres de fe) fue sepultada por aquí y por allá en el desierto, (vv. 32-33).

Treinta y ocho años habían pasado desde esa rebelión en **Cades Barnea**. El libro de Josué comienza con los israelitas situados otra vez en el umbral de Canaán, ahora cerca de Sitim (**Josué 2.1; 3.1**), once kilómetros al este del río Jordán y casi al frente de Jericó. Josué había sido nombrado como jefe de la nación en lugar de Moisés. En Josué 1, el Señor le refuerza el valor y renueva las promesas para que el pueblo pudiera entrar a la Tierra Prometida. Al fin, el día esperado por esta generación durante toda su vida estaba allí.

Sabiamente, tal cual como Moisés lo había hecho antes, Josué envía espías para recoger información militar y estratégica sobre qué había más allá del Jordán. Esta vez, sin embargo, Josué envió solamente a dos hombres, diciéndoles: **«Andad, reconoced la tierra, y a Jericó» (2.1)**. La Escritura dice simplemente: **«Y ellos fueron, y entraron en casa de una ramera que se llamaba Rahab, y posaron allí» (Josué 2.1)**. Así, Rahab es la primera persona que la Escritura nos presenta en la Tierra Prometida. Por la providencia generosa de Dios, ella sería uno de los ejes del triunfo militar de Israel. Toda su vida, su carrera y su futuro cambiarían por su encuentro inesperado con los dos espías.

Esta es una increíble unión de fuerzas para bien: por una parte, una mujer pagana, solitaria, cuya vida hasta ahora no tenía nada de heroico y por otra, una nación entera de refugiados nomadas, que habían vivido cuarenta años bajo la corrección de Dios debido a la desobediencia de sus padres.

Pero la colaboración de Rahab con los espías fue el comienzo de la caída de Jericó. La derrota de Jericó fue la primera conquista dramática en una de las más grandes historias de campañas militares.

II. Un acto inesperado de generosidad

Josué 2.1-7 relata así lo ocurrido: Josué estaba asumiendo la función de un comandante decidido. Evaluaría el informe de los espías personalmente y decidiría (con la ayuda del Señor, no con un voto del pueblo) la forma en que sus ejércitos procederían.

La conquista de Jericó le daría a Israel un importante punto de apoyo para poner el pie en toda la Tierra Prometida. No les preocupaba que Jericó estuviera fuertemente fortificada. La tarea de los espías era evaluar esas fortificaciones e informar a Josué. Muy probable, los espías comenzaron su trabajo secreto poco antes del anochecer. Jericó era una ciudad grande y los visitantes iban y venían todo el tiempo. Los espías se las arreglaron para subir a la ciudad, antes que cerraran las puertas en la noche (v.5). La Escritura no dice cómo entraron.

Una vez dentro, el lugar ideal para el alojamiento sería una posada o una casa sobre la pared misma.

Su búsqueda los condujo a Rahab, una ramera, que era lo suficientemente próspera como para tener una casa en un sitio privilegiado sobre los muros. Tanto ella como su casa probablemente eran muy conocidas en Jericó. Había aquí una situación ideal para los espías. Es muy probable que les abriera la puerta sin preguntar quiénes eran.

En su negocio, era esencial la confianza. Debe haberles dado la bienvenida e invitado a entrar rápidamente, tal como lo hacía con todos sus clientes.

Por cierto, los israelitas espías no sacaron ventaja de estos propósitos inmorales. Quizás fue eso mismo lo primero que ganó su confianza. No estaban obviamente ahí para usarla o abusar de ella, algo muy diferente de todos los hombres con quienes trataba. Eran serios y estaban sobrios y no parecieron asustarla. Presumiendo, que la trataron con mucha dignidad y respeto mientras hacían un reconocimiento cuidadoso. Sin duda le explicaron quienes eran, y es casi seguro que le habrán dicho algo sobre Jehová. Por sobre cualquier otro interés, ellos continuaron con su tarea, quizás haciendo mediciones de la muralla y registrando detalles sobre el panorama que se apreciaba desde allí.



Por supuesto, las paredes de las ciudades eran diseñadas para alejar a los intrusos. Pero una persona sobre la pared, con una larga soga podía salir fácilmente. Por la providencia suprema de Dios, todo lo que ellos necesitaban estaba allí. También, por los designios soberanos de Dios, el corazón de Rahab estaba listo para creer en Jehová.

De alguna manera, se supo de la presencia de los espías tan pronto como entraron en la casa de Rahab. Todos en Jericó sabían, por supuesto, que el pueblo israelita entero estaba acampando al otro lado del río, a distancia de una caminata.

Todos en Jericó habían oído de la huida del poder del faraón a través del Mar Rojo y la muerte del ejército egipcio (v.10).

La historia del andar errante en el desierto era también conocida en la región. Rahab misma les dijo a los espías que todos los habitantes de la región estaban temerosos debido a lo que habían escuchado sobre el trato de Dios con Israel. Sus palabras fueron: **«Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra» (v. 11).**

Se mantenían en guardia respecto de los intrusos, habiéndose dado órdenes estrictas de informar al rey sobre cualquier movimiento sospechoso. El «rey» funcionaba de la misma manera que un alcalde, pero tenía el control militar. Por lo tanto, había que notificarle si se descubría a los intrusos.

Es posible que alguien a quien los espías preguntaron por las direcciones dio la voz de alerta. O centinelas ubicados cerca de la casa de Rahab, los hayan visto, reconociéndolos como israelitas por su vestuario. Como quiera que sea, su presencia fue rápidamente reportada al rey de Jericó. La información incluía los detalles exactos respecto de dónde habían ido, de manera que el rey envió mensajeros a la casa de Rahab.

Aquí es donde Rahab nos sorprende completamente. Recuerde, ella se ganaba la vida vendiéndose para propósitos malvados. Es posible que se hubiera hecho acreedora a una buena recompensa si entregaba a los espías. Pero no lo hizo. Es más, los ocultó. Dio una información falsa a los soldados salvándoles así la vida, aunque eso la expuso a un alto riesgo. Obviamente, los representantes del rey sabían que los espías habían estado en su casa. Cuando fueron incapaces de encontrar alguna evidencia de que los hombres habían dejado la ciudad realmente, lo más probable es que volvieron a interrogar a Rahab. Ella puso su propia vida en peligro para proteger a estos extranjeros. Su repentina expresión de fe, por lo tanto, no solo es inesperada, sino que parece correr en sentido contrario, al instinto que por lo general motivaría a una mujer como ella.

Las acciones de Rahab para proteger a los espías envolvían una mentira. **¿Fue eso justificado? Al elogiarla por su fe, ¿la Escritura también excusa sus métodos?** Personas correctas han argumentado sobre esa pregunta desde los comienzos de la historia rabínica. Enfrentémoslo. No es una pregunta fácil. La Escritura dice: **«Los labios mentirosos son abominación a Jehová; pero los que hacen verdad son su contentamiento» (Proverbios 12.22). Dios mismo no puede mentir (Tito 1.2; Números 23.19; 1 Samuel 15.29)** y, por lo tanto, Él no puede autorizar una mentira.

Algunos han tratado de argumentar que, debido a las circunstancias, esto no fue, técnicamente, una «mentira» sino una treta militar, una estrategia legítima diseñada para engañar o burlar al enemigo en la guerra. Otros argumentan que incluso la mentira es aceptable si el motivo es un bien superior. Tal acercamiento situado a la ética está lleno de problemas muy serios.

No veo la necesidad de justificar la mentira de Rahab. **¿Era necesario para un bien mayor?**

No hay necesidad de una inteligente racionalización para justificar su mentira. La Escritura nunca elogia *la mentira*. Rahab no es aplaudida por su *ética*. Rahab es un ejemplo positivo de *fe*.

En ese momento, su fe recién nacía, débil, y con necesidad de nutrientes y de crecimiento. Sus conocimientos de Jehová eran escasos. **(En Josué 2.9-11 ella deja en**

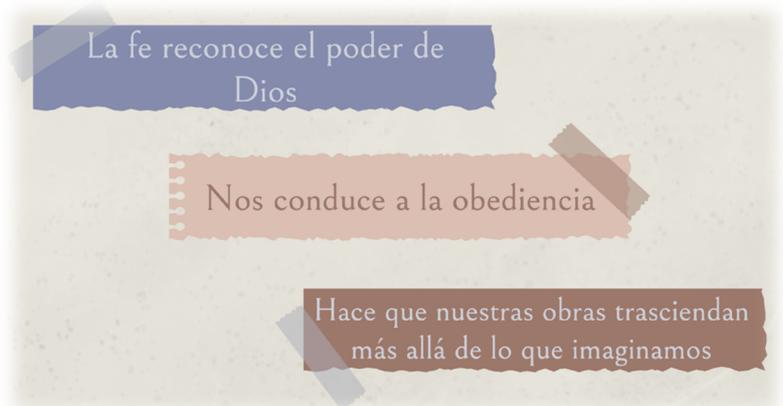
claro que *algo* sabía sobre Él, habiendo desarrollado un agudo interés en Jehová como producto de las historias sobre el escape de Israel desde Egipto. Pero es probable que, antes de esa noche, no haya conocido a un verdadero adorador de Jehová.) Muy posiblemente no tenía conocimiento del valor que Él asignaba a la verdad.

El punto es que esa fe de Rahab, aún sin desarrollo, inmediatamente dio frutos de acción. «Recibió a los espías en paz» (**hebreos 11.31**) quiere decir que no solo los escondió, sino que también abrazó implícitamente su causa. De este modo confió todo su futuro al Dios de ellos. Y la prueba de su fe no fue la mentira que dijo, sino el hecho que **«recibió a los mensajeros y los envió por otro camino» (Santiago 2.25)** cuando podría haberlos delatado por dinero. La *mentira* no es lo que hizo que su acción fuera admirable. Fue que renunció a una recompensa fácil, se puso en peligro, y se jugó el todo por el todo por el Dios de Israel.

Nada sino la fe podría haber hecho un tan dramático e instantáneo cambio en el carácter de tal mujer. Obviamente, había desarrollado una gran curiosidad acerca de Jehová por las historias sobre su trato con Israel. Ahora que ella había conocido a personas de carne y hueso que le conocían y le adoraban, estaba lista para involucrarse del todo con ellos.

Principios básicos acerca de la fe

1. **La fe reconoce el poder de Dios.**
2. **La fe nos debe conducir a la obediencia.**
3. **La fe hace que nuestras obras trasciendan más allá de lo que imaginamos.**



Dios siempre desafía nuestra fe, al hacerlo edifica nuestra relación con El. Las circunstancias de nuestra vida deberían desafiar constantemente nuestra fe, en gran manera o en una pequeña medida.

Afirmamos nuestra fe cuando reconocemos y respondemos al principio de autoridad de Dios con una voluntad sumisa y actitudes maduras. Actúe en libertad para desarrollar las características de Dios en su vida

Romanos 10:17

Así que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios.

Hebreos 11:6

Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que es galardonador de los que le buscan.

Santiago 2:17

Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

III. Una asombrosa expresión de fe.

La rapidez mental de Rahab salvó a los espías. (Josué 2.3-4). La velocidad e ingeniosidad de su plan para esconderlos, sugiere que tenía experiencia en este tipo de situaciones.

Después que no había dudas que los mensajeros del rey se habían ido, Rahab volvió al terrado para hablar con los espías. Les dio un testimonio explícito de la fe que la motivó. (Josué 2.8-15). Nótese que la fe de Rahab estuvo acompañada por el temor. No hay nada malo en eso. Sin duda, «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Salmo 111.10).



En el caso de Rahab, el temor fue en parte lo que motivó su fe. El suyo era un tipo de temor sano. Se había convencido que Jehová era el verdadero Dios. El salmista escribió:

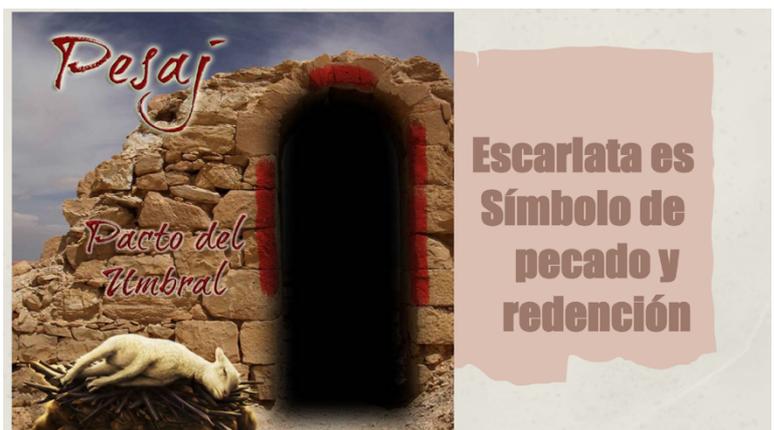
«Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres, y yo publicaré tu grandeza» (Salmo 145.6).

Esa es, precisamente, la clase de testimonio que trajo a Rahab a la fe. Los espías hicieron un juramento de tratarla con bondad cuando conquistaran su ciudad. Pero le pusieron una condición. (Josué 2.16-18). Ella debía colgar un cordón escarlata desde la ventana por donde los dejó bajar. Esto señalaría su casa a la vista de todo Israel y nadie del interior sería sacado de allí cuando Jericó cayera. La palabra hebrea para «cordón» del versículo 18 es diferente a «cuerda» del versículo 15. Este cordón sería una cinta de hilos brillantes de colores usada con fines decorativos. El color la haría fácilmente visible desde abajo del muro. Tanto su apariencia, como su función, evocaba la señal carmesí de la sangre salpicada sobre los dinteles de las puertas en la primera Pascua.

Escarlata puede ser un símbolo del pecado, la culpa, y la vergüenza que muchas mujeres tienen hoy en día, incluyendo algunas de nosotras, que todavía están viviendo con esa sensación de culpa y vergüenza. Para aquellas que están viviendo con esa culpa y vergüenza, el color escarlata representa su pecado. Pero quiero decirte, el escarlata también representa otra cosa. Representa tu medio de salvación.

El color escarlata es también, un deliberado símbolo que tipifica la sangre del Cordero Pascual. Quizás lo sea. Por cierto, se alza como símbolo exacto de la sangre de Cristo que aleja la ira de Dios.

Desde la perspectiva de Rahab, sin embargo, el significado del cordón escarlata no tenía nada de místico. Solo se trataba de un buen distintivo puesto para marcar su ventana



discretamente, de modo que su vivienda se distinguiera con facilidad del resto de las casas en Jericó.

Después de hacer un acuerdo solemne de proteger la familia de Rahab y sellar su promesa con un juramento, los espías descendieron al amparo de la oscuridad por medio de la soga hacia el valle fuera de las murallas de Jericó.

(18 al 22) Rahab les había aconsejado que se escondieran en las montañas durante tres días hasta que el rey cesara la búsqueda, y así lo hicieron.

Cuando los hombres regresaron donde Josué, su informe, contrastaba del todo con la información que los diez espías incrédulos, habían traído a Moisés hacía casi cuarenta años. Exactamente, era lo que Josué esperaba escuchar: «Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos; y también todos los moradores del país desmayan delante de nosotros»

IV. Un legado perdurable

Pocas batallas militares de Israel fueron ganadas solo por la intervención milagrosa de Dios. Los ejércitos de Israel tuvieron que luchar. Pero de la misma manera, ninguna de sus batallas habría terminado en triunfo sin el poder del Señor. **(Zacarías 4.6). «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos»**

En este caso, Dios intervino resueltamente de una manera tan clara, que no dejó dudas a nadie en Canaán, que estaba luchando por Israel. Él demolió las enormes murallas de Jericó sin ningún recurso militar. Esto no fue un sismo casual. Para demostrarlo, Dios hizo a los israelitas marchar alrededor de la ciudad con el arca del pacto, una vez al día, por seis días consecutivos (Josué 6). En el séptimo día, marcharon alrededor de la ciudad siete veces, hicieron sonar el cuerno de un carnero y gritaron. En un instante, los muros de la ciudad se vinieron abajo.



Todo, excepto una parte de la muralla. «Mas Josué dijo a los dos hombres que habían reconocido la tierra: Entrad en casa de la mujer ramera, y haced salir de allí a la mujer y a todo lo que fuere suyo, como jurasteis. Y los espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que era suyo; y también sacaron a toda su parentela, y los pusieron fuera del campamento de Israel (22-23). **«Y habitó ella entre los israelitas hasta hoy» (v. 25).**

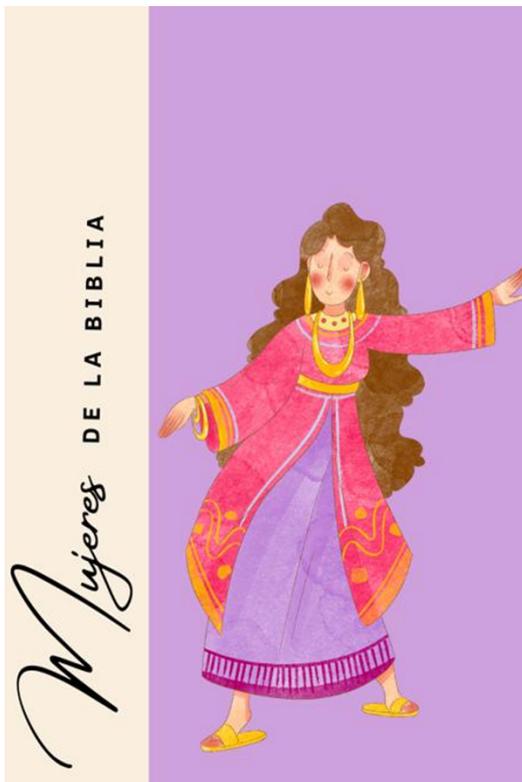
Rahab es un ejemplo hermoso del poder transformador de la fe. Aunque tenía mínimas ventajas espirituales y pocos conocimientos de la verdad, su corazón estaba entregado a Jehová.

Después de la descripción de la caída de Jericó en Josué 6, a Rahab no se la vuelve a mencionar por nombre en el Antiguo Testamento. Al parecer, ella vivió su vida en silenciosa dignidad y gracia en medio del pueblo de Dios. Había cambiado completamente de la clase de mujer que había sido una vez. Fue, y todavía lo es, un símbolo viviente del efecto transformador de la fe que salva. Ese es el mensaje principal de su vida.

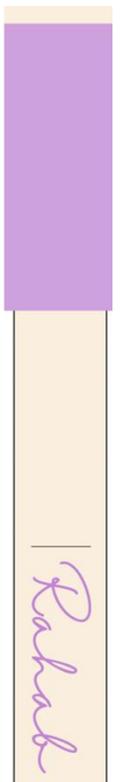
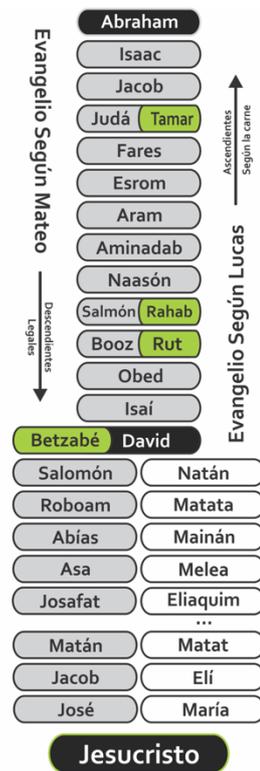
(hebreos 11.31; Santiago 2.25) Se la presenta como un ejemplo de la fe tanto para hombres como para mujeres. Su fe, se vio en el fruto de sus obras antes, de que tuviera siquiera la oportunidad de expresarlo con sus labios. Santiago dice que la fe genuina siempre es activa y productiva como ésta. **«Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (Santiago 2.26).**

Mateo comienza el relato de la vida de Cristo con una larga genealogía trazando una línea del linaje completo de Jesús desde la época de Abraham. El objetivo de Mateo es demostrar por el linaje de Jesús que Él calificaba para ser la Simiente prometida de Abraham, y que era también el legítimo heredero al trono de David. Allí, en la lista de los antepasados de Jesús encontramos inesperadamente el nombre de Rahab: **«Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí» (Mateo 1.5).**

Es muy inusual que las mujeres sean nombradas en alguna genealogía hebrea. Sin embargo, Mateo menciona a cinco mujeres, y todas son personas notables: Tamar (1.3), Rahab (v.5), Ruth (v.5), Betsabé (v.6) y María (v.16). Al menos tres de ellas eran gentiles. Tres de ellas fueron deshonradas debido a su propio pecado.



Genealogía de Jesús



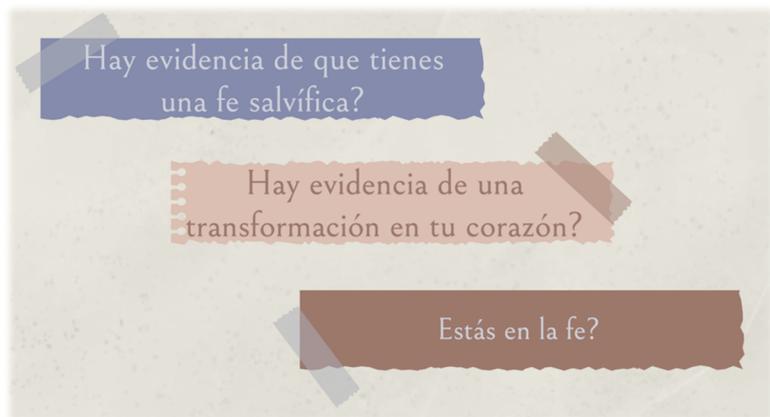
Colectivamente, ellas ilustran cómo Dios es capaz de hacer que todas las cosas obren para bien. Desde una perspectiva humana, toda la genealogía estaba matizada con ejemplos de fracaso. Sin embargo, a pesar de esto, todas encontraron un lugar en el plan de Dios para traer a su Hijo al mundo.

El mensaje del Evangelio es, también, un escándalo público, simple locura y vergüenza para aquellos que se pierden. Pero para aquellos que son salvos, es poder de Dios (1 Corintios 1.18).

Conclusión y reflexión

Rahab se volvió de los ídolos hacia Dios, como se dijo de los creyentes en Tesalónica (1 Tes. 1:9). Ella se volvió del pecado hacia Dios. La fe salvífica siempre, siempre, santifica. Ahora bien, no te santifica de la noche a la mañana. Esto no quiere decir que de la noche a la mañana serás santificada o perfecta. Ninguna de nosotras ha llegado ahí todavía. No hasta que veamos a Cristo cara a cara, fuera de estos cuerpos; solo ahí vamos a estar perfectamente santificadas. Pero la **fe salvífica siempre transforma y santifica**.

Y tú dices probablemente, pero: «¿Porqué insistir tanto en esto?» Porque nuestras iglesias hoy en día están llenas de personas que dicen: «Soy cristiano. Creo en Jesús». Pero: Se emborrachan, viven en la inmoralidad, se creen dueños de sus vidas, toman el control de sus vidas, no se someten al señorío de Jesús, viven una vida de orgullo, sumidos en la codicia, en la ambición egoísta y la lujuria, ceden a los deseos de la carne y al pecado. No hay victoria sobre el pecado. No hay un deseo de obtener victoria sobre el pecado, no hay un corazón, un apetito por las cosas de Dios, no hay hambre por la Palabra de Dios **¡No hay frutos!**



¿Hay alguna evidencia de que tienes una fe genuina, salvífica? La hubo en Rahab, ¿hay alguna evidencia en tu vida?

¿Hay evidencia de que tu corazón está siendo transformado? ¿De que eres una nueva persona? ¿De que tienes otra identidad? ¿De que tienes otros deseos, otros apetitos? ¿De que vas en otra dirección?

Si no es así, te invito a que hagas lo que dice la Escritura; que examines tu

corazón y le pidas a Dios que te muestre: «¿Estoy en la fe?» Si no es así, entonces tu plegaria, tu súplica o petición, debe ser clamar a Jesús para que te salve y transforme tu vida.

Fuentes:

- *Doce mujeres extraordinarias*

John MacArthur

Editorial Betania 2006

- *Programa Radial Aviva nuestros corazones*

Nancy deMoss.